

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL CUERPO DE CRISTO

Ser los vencedores que guardan cada uno de los principios del Cuerpo de Cristo (Mensaje 10)

Lectura bíblica: Ef. 4:3-6; Fil. 1:19; 1 Co. 12:12-22; Col. 2:19; Ro. 15:6;
Sal. 133

- I. El recobro del Señor consiste en edificar a Sion; Sion, lo más destacado y hermoso de la ciudad santa, la Nueva Jerusalén, tipifica a los vencedores, quienes son la realidad del Cuerpo de Cristo, la cumbre, el centro, la elevación, el fortalecimiento, el enriquecimiento, la hermosura y la realidad de la iglesia—Sal. 48:2, 11-12; 50:2; 20:2; 53:6a; 87:2:
 - A. Los vencedores, quienes son Sion, llevan la edificación del Cuerpo de Cristo a su consumación en las iglesias locales a fin de que venga la ciudad santa consumada, la Nueva Jerusalén, el Lugar Santísimo, que es la morada de Dios por la eternidad—Ap. 2:7; 21:1-3, 16, 22.
 - B. Los vencedores son personas que toman plena conciencia del Cuerpo y cuyas vidas están centradas en el Cuerpo; cada día, por el Espíritu y mediante la obra de la cruz, ellos son salvos, en la vida de Cristo, de cada uno de los aspectos del yo, el enemigo del Cuerpo—Ro. 5:10; Mt. 16:24; cfr. *Hymns*, #280.
- II. Los vencedores ven el Cuerpo, conocen el Cuerpo, se preocupan por el Cuerpo, honran el Cuerpo y realizan la obra del Cuerpo; ellos guardan cada uno de los principios del Cuerpo de Cristo y, por tanto, son la continuación y la extensión de Cristo en la tierra, con miras a la plena expresión de Cristo—Ef. 1:22-23; 3:18-19; 4:1-6:
 - A. Debemos ver el significado cristalizado del Cuerpo de Cristo; este significado cristalizado es que el Dios Triuno y Sus escogidos y redimidos son los elementos constitutivos que conforman una sola entidad, que es el Cuerpo de Cristo—vs. 4-6:
 1. La unidad del Cuerpo es la unidad del Dios Triuno, y

- la coordinación del Cuerpo es la coordinación del Dios Triuno—Jn. 17:21; Ef. 4:3-6; Mt. 12:28; He. 9:14; Sal. 133.
2. Esta unidad y esta coordinación se hallan en el Espíritu, quien es la realidad del Dios Triuno y del Cuerpo; ya que este Espíritu está en nuestro espíritu, todo lo que nosotros somos, tenemos y hacemos debe proceder del Espíritu que está en nuestro espíritu, por el bien del Cuerpo—Jn. 16:13-15; Fil. 3:3; Ro. 1:9; Ef. 4:1-4a.
- B. Debemos recibir y disfrutar el suministro del Cuerpo—Fil. 1:19; Col. 2:19:
1. Puesto que la Cabeza es Cristo, y el Cuerpo también es Cristo, rechazar la ayuda que nos brindan los demás miembros es rechazar la ayuda de Cristo; por consiguiente, debemos permitir que los miembros del Cuerpo ministren supliendo nuestras necesidades—1 Co. 12:12-22.
 2. La oración del Cuerpo imparte el suministro de vida, el suministro del Cuerpo, a los miembros necesitados para que ellos vivan a Cristo a fin de que Él sea magnificado—Fil. 1:19-20; Hch. 12:5, 12; Ef. 6:18-20; 1 Ts. 5:25.
 3. La comunión del Cuerpo imparte el suministro de vida, el suministro del Cuerpo, a los miembros necesitados para que ellos disfruten a Cristo como la luz de la vida a fin de que Él sea glorificado—1 Jn. 1:3-5; Jn. 1:4-5; Fil. 2:15; Is. 60:1, 3, 5.
- C. Debemos experimentar la protección, la limitación y el ministerio del Cuerpo:
1. El Cuerpo de Cristo se viste de toda la armadura de Dios, la cual es la totalidad de todas las especialidades de los miembros; la guerra espiritual es aquella que pelean de forma integrada todos los miembros, y no una que pelean individuos aislados; por tanto, todos debemos ampararnos en el Cuerpo, experimentando su protección, y aceptar la salvaguardia que éste nos brinda—Ef. 6:10-20; Mt. 16:18; Éx. 17:11-13; Hch. 9:25; 2 Co. 11:33; Dt. 32:30a.
 2. Como miembros del Cuerpo, debemos ver cuál es nuestra posición en el Cuerpo y permitir que los demás miembros nos limiten; debemos ser liberados de nuestra vida individualista y ejercer nuestra función en el Cuerpo según la voluntad de Dios y conforme a la medida que

- Él nos ha repartido—1 Co. 12:14-22; Ef. 4:7, 16; 2 Co. 10:13-15.
3. Como miembros del Cuerpo, debemos tener comunión y ejercer nuestra función en el Cuerpo a fin de ser canales de vida para suministrar a los demás miembros; esta clase de suministro es el ministerio, la función, cumplido por los miembros a fin de que la vida del Cuerpo pueda fluir sin estorbo alguno—1 Jn. 1:3; Ro. 12:5; 1 Co. 14:4b, 31.
- D. Debemos honrar a Cristo reconociéndolo como la Cabeza del Cuerpo, la autoridad del Cuerpo; la autoridad de la Cabeza es la unidad del Cuerpo—Col. 1:18; 2:19; Ef. 4:15-16:
1. El Señor nos ha dado Su vida, la cual siempre se somete al Padre; cuando somos llenos de Cristo, el Espíritu de vida, somos llenos de Aquel que es nuestra sumisión—Jn. 5:19, 30; 7:18; Fil. 2:5-8; Ro. 8:2; cfr. Éx. 21:1-6.
 2. El Espíritu es la “fibra nerviosa” del Cuerpo de Cristo, y como tal, comunica a todos los miembros los pensamientos de la Cabeza; cuando cedemos a la autoridad del Espíritu, cedemos a la Cabeza—Ro. 8:27, 6; 1 Co. 2:16; Ef. 4:30.
 3. Puesto que el Cristo que disfrutamos como nuestro todo es la Cabeza del Cuerpo, cuanto más lo disfrutamos a Él, más conciencia tomamos del Cuerpo y más amamos a los demás miembros del Cuerpo—Col. 1:4, 8; 2:19.
 4. Puesto que somos miembros del Cuerpo de Cristo, debemos ser sensibles al Cuerpo y hacer nuestro el sentir de la Cabeza—Fil. 1:8; 1 Co. 12:25b-26.
 5. Únicamente el Señor es nuestra Cabeza, y únicamente Él tiene autoridad para dirigir los movimientos de los miembros de Su Cuerpo—Hch. 2:36; 9:5; Col. 1:17-18.
 6. Puesto que Cristo es nuestra Cabeza, no nos exaltamos a nosotros mismos ni buscamos agradarnos a nosotros mismos ni a nadie; lo único que buscamos es serle agradables—2 Co. 4:5; 5:9.
 7. Nos asimos de Cristo como nuestra Cabeza al darle la preeminencia en todas las cosas y al permanecer estrechamente unidos a Él consultándole todas las cosas; asimismo nos asimos de Él al crecer en todo en Aquel que es la

Cabeza con miras al crecimiento del Cuerpo y al ejercer las diversas funciones en virtud de lo que procede de la Cabeza con miras a que el Cuerpo sea abastecido—Col. 2:19; Ef. 4:15-16.

8. Cuando nos asimos de Cristo, la Cabeza, nos es imposible tener diferentes interpretaciones de las Escrituras, ya que el Cuerpo tiene una sola boca con la cual habla lo mismo que la Cabeza; la enseñanza única, la que nos ha dado la Cabeza, es la enseñanza de la economía de Dios divulgada por el único ministerio con miras a la edificación del Cuerpo—Ro. 15:6; 1 Co. 1:10; 1 Ti. 1:3-4; Ef. 4:12.
 9. La relación que los miembros del Cuerpo tienen entre sí, pasa primero por la Cabeza; por lo tanto, cuando nos asimos de la Cabeza, nos es imposible tener una relación natural o una comunión especial con cualquier individuo o grupo; cuando nos asimos de la Cabeza, somos compenetrados, y nuestra relación con el Cuerpo procede de la Cabeza y se halla en la unidad divina—1 Co. 12:24-25; Fil. 2:2.
- III. Todo cuanto tenemos se halla en el Cuerpo, lo obtenemos por medio del Cuerpo y redundando en beneficio del Cuerpo; que el Señor tenga misericordia de nosotros y nos conceda Su gracia para que tomemos la resolución de ser los vencedores que guardan cada uno de los principios del Cuerpo a fin de que sea edificado el Cuerpo, lo cual redundará en la consumación de la Nueva Jerusalén—Jue. 5:15-16; Ap. 21:2.

MENSAJE DIEZ

SER LOS VENCEDORES QUE GUARDAN CADA UNO DE LOS PRINCIPIOS DEL CUERPO DE CRISTO

Oración: Señor Jesús, ¡cuánto te amamos! Te agradecemos por Tu hablar y por revelarnos el deseo de Tu corazón. Te abrimos todo nuestro ser. Concédenos misericordia para que seamos pobres en espíritu. Deseamos recibir Tu hablar fresco y Tu nueva impartición. Tú mismo eres nuestra meta. Queremos contemplarte a Ti, ganar más de Ti y ser llenos de Ti. Concédenos un espíritu de sabiduría y de revelación para que podamos ver más del Cuerpo. Señor, haznos los vencedores. Te damos nuestras vidas por el bien de Tu recobro. Quisiéramos oírte decir: “Bien, esclavo bueno y fiel. Entra en el gozo de Tu Señor”. Haznos los verdaderos vencedores, aquellos que ven el Cuerpo, conocen el Cuerpo, se preocupan por el Cuerpo y realizan la obra del Cuerpo. Señor, te amamos. Lo único que nos interesa es Tu hablar. Danos oídos para escuchar lo que el Espíritu dice a las iglesias.

LOS TRES ASUNTOS MÁS IMPORTANTES DEL RECOBRO DEL SEÑOR

Antes de abordar el tema principal de este mensaje, quisiéramos compartir brevemente los tres asuntos más importantes del recobro del Señor. Todos nosotros debemos saber qué es lo que estamos haciendo aquí y qué queremos decir cuando nos referimos al recobro del Señor. El recobro del Señor no debe ser meramente un eslogan para nosotros.

Cuando recién comencé la vida de iglesia, traje a uno de mis amigos a una reunión. Después de la reunión, él me preguntó: “¿Qué es el recobro del Señor?”. Me puse a pensarlo, mas no supe qué responderle. Entonces, me acordé de una frase en un himno de nuestro himnario y le contesté: “El recobro del Señor es comer, beber e inhalar a Jesús”. Mi amigo me respondió diciendo: “Eso es realmente maravilloso”. La verdad es que yo no sabía lo que estaba diciendo en ese entonces. De hecho, la respuesta no era del todo incorrecta, pero quisiera que ahora veamos algo más específico, de modo que tengamos una comprensión más completa de lo que es el recobro del Señor.

La palabra *recobro* se refiere a la restauración, al retorno, de algo a

su condición normal después de haber sufrido cierto daño o pérdida. Todos necesitamos ser recobrados al ser llevados a una condición de normalidad debido a que hemos sufrido grandes daños y pérdidas. En Apocalipsis 2 vemos que la iglesia llegó a tal degradación que finalmente entró en una unión matrimonial con el mundo, convirtiéndose así en la iglesia apóstata (vs. 12-29). Por eso, es menester que seamos recobrados al ser llevados a una condición normal. Ser un vencedor es ser un cristiano normal que lleva una vida cristiana normal de iglesia. En Su recobro, el Señor quiere que volvamos a Su intención original, Su economía eterna, la cual es edificar Su Cuerpo. Él logrará esto al recobrar tres asuntos principales, los cuales aparecen como hebras que entrelazan cada uno de los mensajes que dimos acerca del Cuerpo de Cristo.

El recobro de Cristo como Aquel que es todo para nosotros

El primer asunto que el Señor desea recobrar es Cristo como Aquel que es todo para nosotros. Cristo desea que le disfrutemos a Él como el todo, lo cual constituye un gran recobro. Si consideramos la historia de la iglesia, la cual está representada por las siete iglesias de Apocalipsis 2 y 3, veremos que a medida que la iglesia entró en degradación, el Señor se intensificó como el Espíritu intensificado siete veces con el propósito de traerla nuevamente al disfrute de Sí mismo como el árbol de la vida, el maná escondido y el banquete rico para la finalización de Su economía eterna (1:4; 2:7, 17; 3:20). El Señor quiere recobrarnos de modo que le disfrutemos a Él. Disfrutar al Señor es algo de suma importancia. Queremos disfrutar al Señor, esto es, comerle, beberle e inhalarle, a fin de que Él llegue a ser nuestro elemento constitutivo. En un mensaje posterior veremos que la iglesia, como el Cuerpo de Cristo, es un producto puro que procede de Cristo. Toda cosa que no sea Cristo no es parte del Cuerpo de Cristo. Por tanto, tenemos que ser “Cristificados” al comer a Cristo como el árbol de la vida; la manera de comer a Cristo como el árbol de la vida es simplemente amarle (2:4-5). Debemos ser aquellos que declaran: “Señor Jesús, aún te amo”, lo cual debiera ser lo primero que decimos cuando despertamos por la mañana. La razón por la cual oramos-leemos la palabra, invocamos Su nombre y asistimos a las reuniones es para disfrutar a Cristo y ser “Cristificados”.

Una de las estratagemas de Satanás contra la iglesia es introducir sustitutos de Cristo, tales como señales, milagros, dones y sabiduría.

Un gran sustituto de Cristo entre los cristianos es la autoayuda. Sin embargo, en el recobro del Señor no queremos prestarle ayuda al yo; más bien, queremos negarnos al yo. El ayudarse a uno mismo de nada sirve, y aunque sirviese de algo, el resultado no procedería de Cristo. Queremos al Cristo puro; no queremos nada que sea impuro o que sea una mixtura.

En Levítico 10:1 Nadab y Abiú, los hijos de Aarón, ofrecieron delante de Jehová fuego extraño. La nota 2 de este versículo en *Holy Bible, Recovery Version* [Santa Biblia, Versión Recobro] dice: “El fuego extraño significa el entusiasmo natural del hombre, su afecto natural, fuerza natural y capacidad natural que se ofrecen a Dios”. No estamos aquí en pro del entusiasmo natural ni para hacer cosas que procedan de nuestra fuerza o capacidad naturales. Estamos aquí en pro del Cristo puro. No queremos fuego extraño, sino fuego santo, divino y puro. No queremos nada que sea natural; sencillamente queremos disfrutar al Cristo puro.

El recobro de la unidad del Cuerpo de Cristo

El segundo asunto que el Señor quiere recobrar es la unidad del Cuerpo de Cristo. Como consecuencia, la segunda estratagema de Satanás contra la iglesia es dividir el Cuerpo de Cristo. En primer lugar, Satanás introduce sustitutos de Cristo a fin de impedir que experimentemos o disfrutemos a Cristo. El resultado de esto consiste en que Cristo no llega a ser nuestro elemento constitutivo, no somos “Cristificados” ni tampoco lo vivimos a Él. En segundo lugar, el enemigo divide el Cuerpo de Cristo. Sin embargo, en Su recobro, el Señor está recobrándonos de modo que disfrutemos a Cristo, lo comamos, lo amemos, lo ganemos, vayamos en pos de Él, seamos llenos de Él, seamos saturados y empapados de Cristo, nos perdamos en Él y seamos hallados en Él. Finalmente, llegamos a ser Cristo de tal modo que lo vivimos a Él. El Señor también está recobrando la unidad del Cuerpo de Cristo. En la Biblia no hay denominaciones. En este universo hay un solo Cuerpo. Por eso, el Señor desea recobrar la unidad del Cuerpo de Cristo.

En los mensajes anteriores vimos que la unidad del Cuerpo de Cristo es simplemente la unidad del Espíritu, y que este Espíritu, quien es la unidad misma, está en nuestro espíritu (Ef. 4:3; Ro. 8:16). Por tanto, a fin de estar en la unidad del Cuerpo de Cristo, debemos ejercitar nuestro espíritu mezclado, vivir en él y andar conforme a dicho espíritu. Ninguno de nosotros, desde el más joven hasta el más

avanzado en edad, podemos graduarnos del ejercicio de nuestro espíritu mezclado. Estar en el espíritu mezclado es estar en la Jerusalén de hoy. En Juan 4, el Señor dijo a la mujer samaritana: “La hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre ... Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu” (vs. 21, 23). Ese fue un giro decisivo en el mover de Dios. Ahora el lugar de adoración al Padre ya no es un lugar físico; antes bien, el lugar donde se adora es en el espíritu: “Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y con veracidad es necesario que adoren” (v. 24). El lugar en el cual adoramos a Dios es nuestro espíritu humano. Esto es un gran recobro. Además, siempre que estamos en nuestro espíritu, estamos en la unidad del Cuerpo. Cuando estamos en nuestra mente, estamos en Babilonia, en división. Cuando estamos en nuestra mente y no ejercitamos nuestro espíritu, empezamos a criticar a los demás. Siempre que no atendemos a nuestro espíritu, no prestamos atención a nuestra conciencia y dejamos de amar y disfrutar al Señor, todo cuanto nos rodea nos molesta. Que seamos aquellos que viven en el espíritu mezclado, ya que éste es el aspecto práctico de la unidad del Cuerpo de Cristo.

El recobro de la función que ejercen todos los miembros del Cuerpo de Cristo

El tercer asunto que el Señor quiere recobrar es la función que ejercen todos los miembros del Cuerpo de Cristo. El hecho de que haya reuniones de iglesia en las cuales todos los santos profetizan, es un gran recobro. Por supuesto, esto no quiere decir que no necesitamos las reuniones del ministerio, en las cuales una sola persona se encarga de dar el mensaje. Dichas reuniones del ministerio son bíblicas y tienen por objetivo perfeccionarnos para la obra del ministerio, que es la edificación del Cuerpo de Cristo (Ef. 4:12). Todos pueden ser perfeccionados por este ministerio. Todos nosotros estamos aquí debido a este ministerio que recibimos. Además, como discípulos de este ministerio, queremos recibir el perfeccionamiento que brinda el ministerio de la era a fin de poder ser miembros en el Cuerpo de Cristo, que ejercen su función al igual que los miembros dotados, sólo que en menor medida.

Celebrar reuniones en la que todos profetizan es un gran recobro que el Señor efectuó. En 1 Corintios 14:4b dice: “El que profetiza, edifica a la iglesia”. En otras palabras, cuando impartimos a Cristo en los santos proclamándolo en las reuniones de iglesia o en reuniones de

grupo, este hablar edificará a la iglesia, así como cumplirá también, en parte, la profecía más prominente de la Biblia: “Edificaré Mi iglesia” (Mt. 16:18). Cuando profetizamos en las reuniones, ello hará que el retorno del Señor esté cada vez más cerca. Por eso, es de gran importancia que todos los miembros ejerzan su función.

Para que nosotros seamos miembros que ejercen su función en el Cuerpo de Cristo, tenemos que entrar en el ministerio celestial de pastoreo que el Señor está llevando a cabo. Al restaurar el amor de Pedro hacia Él, el Señor le preguntó a Pedro tres veces: “Me amas?”. Después de cada una de las respuestas de Pedro, el Señor le dijo: “Apacienta Mis corderos ... pastorea Mis ovejas ... apacienta Mis ovejas” (Jn. 21:15-17). Tenemos que pastorearnos unos a otros conforme a Dios y conforme al pastoreo que efectúa Cristo (1 P. 5:2), y la manera de pastorearnos unos a otros según Dios, es mediante el amor y el profetizar. En 1 Corintios 8:1 dice: “El amor edifica” y en 14:4b dice: “El que profetiza, edifica a la iglesia”. Es el amor y el profetizar lo que edificará a la iglesia. El amor es cuidar con ternura, y el profetizar es alimentar. Éste es el ministerio celestial de Cristo, y ésta es la manera en que todos deberíamos ejercer nuestra función en el Cuerpo. Cuando amamos al Señor, lo disfrutamos y mantenemos un romance secreto con Él, somos infundidos con Su amor. En consecuencia, nos amamos los unos a otros, y aquel amor se convierte en el contenido de lo que profetizamos. Cuando dedicamos tiempo a estudiar la Palabra y la luz en ella resplandece sobre nosotros y se nos confiere una visión celestial acerca de los hechos de la Biblia, entonces seremos hechos aptos para impartir a Dios como amor y luz en los demás. Así que, el pastoreo y el profetizar van juntos. Cristo como Aquel que es todo para nosotros, la unidad del Cuerpo de Cristo y la función que ejercen todos los miembros del Cuerpo de Cristo, son los tres asuntos más importantes del recobro del Señor.

LAS CARACTERÍSTICAS DE LOS VENCEDORES

El título de este mensaje es “Ser los vencedores que guardan cada uno de los principios del Cuerpo de Cristo”. Este título proviene de una palabra que el hermano Lee dio el 15 de diciembre de 1995, en una reunión con algunos colaboradores. En aquella reunión, él dijo: “Les ruego que presten su máxima cooperación a esta obra. Al decir ‘máxima cooperación’ me refiero a que ustedes deben profundizar en estas cosas, tal como yo lo he hecho, día y noche. En segundo lugar, deben

experimentarlas. En tercer lugar, es necesario que lleven la vida del Dios-hombre. En cuarto lugar, deben ser vencedores, guardando cada uno de los principios rectores del Cuerpo” (*The Ministry* [El ministerio], tomo 9, no. 6, pág. 9). Esta palabra va dirigida a todos nosotros. Debemos profundizar en las verdades cumbre, las cuales son las verdades de la cumbre más alta de la revelación divina. Debemos pedirle al Señor que nos perdone por no haber profundizado en estas cosas, y tenemos que orar: “Señor, sé mi ofrenda de holocausto, a fin de que pueda profundizar en estas cosas día y noche”. En segundo lugar, tenemos que experimentar estas verdades. Debemos orar: “Señor, como el Espíritu de realidad, guíame a la realidad de todas estas verdades concernientes al Cuerpo”. No es cosa insignificante orarle al Señor oraciones breves con respecto a los puntos contenidos en estos mensajes, porque si lo hacemos, el Señor hará que estos puntos poco a poco lleguen a ser nuestra experiencia. Para ser vencedores, también es necesario que llevemos la vida del Dios-hombre y guardemos cada uno de los principios del Cuerpo.

Ser un remanente

Conforme a los libros de Esdras y Nehemías, hubo un pequeño remanente de los hijos de Israel que volvió a Jerusalén para reedificar el templo y la ciudad. Estos eran una minoría. Debemos darnos cuenta de que el propósito del Señor en Su recobro es obtener los vencedores. El Señor está llamando vencedores, y este llamado se efectúa conforme al principio bíblico del remanente. Agradecemos al Señor por estar en las iglesias locales; es maravilloso estar en una iglesia local, la expresión local del Cuerpo de Cristo. No obstante, una cosa es estar en la iglesia, y otra, ser un vencedor en la iglesia. Es por esta razón que en Apocalipsis 2 y 3 el Señor hizo un llamado a los vencedores en cada iglesia. Por ejemplo, la condición general de la iglesia en Pérgamo era la de una iglesia casada con el mundo. Sin embargo, el Señor llamó a algunos vencedores de aquella iglesia que estuviesen firmes en contra de esa situación. En efecto, el nombre de uno de aquellos vencedores era Antipas, que significa “contra todo” (2:13). Antipas permaneció firme en contra de todas las cosas que la iglesia mundana había introducido y estaba practicando, e incluso murió como mártir por esta razón. El llamado a los de la iglesia en Pérgamo era que ellos vencieran la situación mundana y disfrutaran a Cristo como el maná escondido (v. 17). Queremos ser los vencedores de hoy.

Aproximadamente cincuenta mil israelitas volvieron a Jerusalén para reedificar el templo (Esd. 2:64-65). Ese era un número relativamente pequeño de gente, una minoría; hubo muchos más que se quedaron en Babilonia. Sin embargo, lo que aquellos cincuenta mil hicieron fue para el beneficio de todos los hijos de Israel. De igual manera, lo que nosotros hacemos en el recobro del Señor también es por el bien de todos los hijos de Dios. Por eso, el Señor necesita de los vencedores; Él necesita de una novia vencedora a fin de tener una esposa vencedora. Una mujer es novia únicamente durante un solo día, el día de bodas. Nosotros queremos estar con el Señor en Su día de bodas durante mil años. Esto abrirá el camino para que todos los hijos de Dios lleguen a ser la esposa por la eternidad. Queremos ser aquellos que cambian la era.

Valorar la pureza más que el poder

Como aquellos que aspiran a ser los vencedores y la novia vencedora de Cristo, tenemos que valorar la pureza más que el poder. Sansón era muy poderoso, mas no era tan puro. Finalmente, debido a su impureza, rompió su voto nazareo. Al contrario, Samuel era muy puro. El Señor se interesa por la calidad, y no por la cantidad. El desea oro, plata y piedras preciosas, los cuales representan al Dios Triuno (1 Co. 3:12a). Una pequeña cantidad de oro es mucho más valiosa que un monte de madera, hierba y hojarasca. Podemos hacer muchas cosas para Dios, pero ¿es la naturaleza divina de Dios el Padre, representado por el oro, la fuente de nuestras actividades? ¿Está siendo ministrado a otros el Hijo redentor, representado por la plata, a través de nosotros? ¿Estamos siendo transformados por el Espíritu que transforma, representado por las piedras preciosas, y estamos ministrando este Espíritu a aquellos que se hallan bajo nuestro cuidado? Debemos valorar la calidad, y no la cantidad, de nuestra obra.

En la biografía del hermano Watchman Nee escrita por el hermano Witness Lee hay un capítulo titulado “Presta más atención a la vida que a la obra”, en el cual el hermano Lee dice que el hermano Nee es “la única persona que conozco que prestó más atención a la vida que a la obra” (*Watchman Nee: Un siervo que recibió la revelación divina en esta era*, pág. 87). Debemos prestar más atención a la vida que a la obra, porque nuestra obra es el fruto de lo que somos; en realidad, la obra es el rebosamiento de la vida. Nuestra obra es simplemente el fruto o resultado del disfrute que tenemos de Cristo como vida y como nuestro

suministro de vida, así como el ser llenos de Él. Juan 7:37-38 dice: “Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba. El que cree en Mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva”. Cuando acudimos a Él como la fuente de agua viva y lo bebemos, Él fluye de nosotros como ríos de agua viva. Ésta es nuestra obra; nuestra obra es el rebosamiento, el fluir, de la vida divina.

Tomar el camino angosto

Mateo 7:13-14 dice: “Ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la destrucción, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan”. No queremos estar entre los muchos, sino entre los pocos que entran por la puerta estrecha y toman el camino angosto. Debemos orar: “Señor, por Tu misericordia llévanos a formar parte de los pocos”. El propósito del recobro del Señor es ganar a estos pocos, los vencedores. Con relación al camino angosto que tomamos en el recobro del Señor, el hermano Lee dijo:

Mateo 7:13-14 es una pequeña parte de esta constitución decretada por nuestro Rey en Su reino ... Necesitamos ver que la promulgación de la constitución del reino es por completo un asunto que regula la vida y trabajo del pueblo de Dios. Cuando uso la palabra *vida*, quiero decir *viviente*, y cuando uso la palabra *trabajar*, quiero decir *trabajando*. No me refiero sólo a nuestra vida interior, sino a nuestra vida exterior, nuestro andar diario. La vida y el trabajo del pueblo de Dios debe ser algo orgánico conforme a las regulaciones divinas que cumplen las exigencias espirituales. (*El entrenamiento y la práctica de los grupos vitales*, págs. 140-141)

Las regulaciones divinas son los principios orgánicos del Cuerpo que nosotros debemos guardar. En el recobro del Señor no transigimos con respecto a la verdad; más bien, decimos amén a la palabra de Dios. Esto tiene como fin hacernos los vencedores para que seamos portadores del testimonio de Jesús y llevemos a cabo la economía eterna de Dios.

El camino espacioso es aquel conforme a los sistemas mundanos. Hoy en día algunas personas usan medios mundanos para predicar el evangelio. Sin embargo, conforme al libro de Hechos, Pablo y Silas no usaron medios mundanos cuando predicaban el evangelio, ni tampoco el Señor Jesús enseñó a sus discípulos a predicar de esa manera. No tenemos necesidad de sistemas mundanos porque tenemos el

maravilloso y puro disfrute de Cristo. Nada puede ser mejor que estar en nuestro espíritu y disfrutar la presencia amorosa, preciosa y dulce de nuestro maravilloso Cristo, quien mora en nosotros. No queremos ser los que aman el placer; queremos ser los que aman a Cristo, quien es nuestro placer. Por eso, no queremos hacer nada conforme a los sistemas mundanos a fin de satisfacer el gusto natural de la gente con miras a ganar una multitud. Por supuesto, esto no significa que no deseamos ver el aumento numérico. Queremos aumento y nos damos cuenta de que estamos carentes del mismo y que necesitamos mucho más aumento numérico. No obstante, también nos damos cuenta de que somos el recobro del Señor y que no transigiremos respecto a la verdad de la economía de Dios a fin de ganar multitudes. No estamos aquí para atraer una multitud, sino para ganar vencedores. No queremos tomar el camino espacioso, el cual mantiene la profesión del hombre a fin de que éste obtenga logros empresariales. Antes bien, queremos tomar el camino angosto, el camino que nos lleva a estar en el Cuerpo y a hacer todo en el Cuerpo, por medio del Cuerpo, para el Cuerpo y por medio del suministro que da el Cuerpo. Queremos tomar el camino angosto en el Cuerpo.

**EL RECOBRO DEL SEÑOR CONSISTE EN EDIFICAR A SION;
SION, LO MÁS DESTACADO Y HERMOSO DE LA CIUDAD SANTA,
JERUSALÉN, TIPIFICA A LOS VENCEDORES,
QUIENES SON LA REALIDAD DEL CUERPO DE CRISTO,
LA CUMBRE, EL CENTRO, LA ELEVACIÓN,
EL FORTALECIMIENTO, EL ENRIQUECIMIENTO, LA HERMOSURA
Y LA REALIDAD DE LA IGLESIA**

El recobro del Señor consiste en edificar a Sion; Sion, lo más destacado y hermoso de la ciudad santa, Jerusalén, tipifica a los vencedores, quienes son la realidad del Cuerpo de Cristo, la cumbre, el centro, la elevación, el fortalecimiento, el enriquecimiento, la hermosura y la realidad de la iglesia (Sal. 48:2, 11-12; 50:2; 20:2; 53:6a; 87:2). Sion, que es un monte asentado en la ciudad física de Jerusalén, es un tipo de los vencedores como la realidad del Cuerpo de Cristo. La Jerusalén física representa la vida de iglesia actual, y lo que el Señor busca hoy día en la vida de iglesia actual es Sion, los vencedores. Por tanto, el propósito del recobro del Señor es edificar Sion, lo más destacado y hermoso de la ciudad santa, Jerusalén.

En muchas de las iglesias locales genuinas hay santos que constituyen la hermosura de la iglesia. Claro, todos en la iglesia deben ser

cuidados y embellecidos con Cristo. Sin embargo, debe haber algunos en la iglesia que vivan en la realidad del Cuerpo de Cristo por causa de toda la iglesia.

Finalmente, todos los creyentes llegarán a ser vencedores y serán la Nueva Jerusalén, que es la Sion consumada. No obstante, debemos darnos cuenta de que la Nueva Jerusalén tiene dos etapas: la etapa inicial en el reino milenar, en la cual la Nueva Jerusalén se compone solamente de los santos vencedores, y la etapa consumada presentada en Apocalipsis 21 y 22, compuesta de todos los redimidos de Dios por la eternidad. Finalmente, todos los creyentes de Dios serán vencedores, pero la mayor parte de ellos tendrán que sufrir en las tinieblas de afuera durante mil años a fin de ser perfeccionados. Tarde o temprano todos seremos vencedores, pero queremos ser vencedores antes y no más tarde. Es por esta razón que estamos en el recobro del Señor.

**Los vencedores, quienes son Sion,
llevan la edificación del Cuerpo de Cristo
a su consumación en las iglesias locales a fin de que venga
la ciudad santa consumada, la Nueva Jerusalén,
el Lugar Santísimo, que es la morada de Dios por la eternidad**

Los vencedores, quienes son Sion, llevan la edificación del Cuerpo de Cristo a su consumación en las iglesias locales a fin de que venga la ciudad santa consumada, la Nueva Jerusalén, el Lugar Santísimo, que es la morada de Dios por la eternidad (Ap. 2:7; 21:1-3, 16, 22). Toda la Nueva Jerusalén es el Lugar Santísimo. La forma que tenía el Lugar Santísimo en el Antiguo Testamento, tanto en el tabernáculo como en el templo, es la de un cubo, y conforme a Apocalipsis 21:16, toda la Nueva Jerusalén es un cubo de doce mil estadios de longitud, anchura y altura. Esto indica que finalmente llegaremos a ser el Lugar Santísimo consumado, el lugar donde Dios se encuentra.

**Los vencedores son personas
que toman plena conciencia del Cuerpo
y cuyas vidas están centradas en el Cuerpo;
cada día, por el Espíritu y mediante la obra de la cruz,
ellos son salvos, en la vida de Cristo,
de cada uno de los aspectos del yo, el enemigo del Cuerpo**

Los vencedores son personas que toman plena conciencia del Cuerpo y cuyas vidas están centradas en el Cuerpo; cada día, por

el Espíritu y mediante la obra de la cruz, ellos son salvos, en la vida de Cristo, de cada uno de los aspectos del yo, el enemigo del Cuerpo (Ro. 5:10; Mt. 16:24; cfr. *Hymns*, #280). ¿Tomamos plena conciencia del Cuerpo o estamos conscientes sólo de nosotros mismos? ¿Estamos centrados en el Cuerpo o en nosotros mismos? Tenemos que orar, diciendo: “Señor, ten misericordia de mí”. Una vez el hermano Lee dijo que si queremos ser miembros útiles del Cuerpo de Cristo, necesitamos orar de forma simple: “Señor, dame carga por Tu Cuerpo. Infúndeme con Tu carga por el Cuerpo”. Queremos ver el Cuerpo, conocer el Cuerpo, honrar al Cuerpo y realizar la obra del Cuerpo. Debemos pedirle al Señor: “Lléname de modo que tome plena conciencia del Cuerpo así como Tú”. Necesitamos estar centrados en el Cuerpo, tal como el apóstol Pablo.

También tenemos que ser salvos en la vida de Cristo todos los días. Esto significa que aunque ya hemos sido regenerados, aún necesitamos ser renovados, santificados y transformados. Debemos orar, diciendo: “Señor, transfórmame más hoy”. Esto es ser salvo de manera orgánica. También tenemos necesidad de que la cruz opere cada día en nosotros a fin de salvarnos de todos los aspectos de nuestro yo, el cual es el enemigo del Cuerpo. Todos debemos cantar y orar el himno #280 del himnario en inglés. Debemos hacer de este himno nuestra oración al Señor. Este himno, que fue escrito por el hermano Nee, es muy profundo y rico; es un clamor genuino al Señor para que nos limpie de nuestros pecados y nos libre del yo a fin de que podamos consagrarnos plenamente a Él, para que Él derrame Su Espíritu en nosotros y por medio de nosotros por el bien de Su Cuerpo. Tenemos que ser salvos del yo.

La historia de Gedeón y su ejército relatada en Jueces 7 demuestra que los vencedores toman plena conciencia del Cuerpo y se centran en el Cuerpo, y no están conscientes de sí mismos ni se centran en ellos mismos. En aquel tiempo los israelitas luchaban contra los amalecitas y los madianitas, cuyo número era incalculable, como langostas en multitud (v. 12). Conforme al versículo 3, Gedeón solamente contaba con treinta y dos mil hombres. Si hubiésemos sido Gedeón, le habríamos pedido al Señor más hombres. Sin embargo, el Señor obró de tal manera que redujo el número de hombres. El Señor le dijo a Gedeón que dijera al pueblo que el que tuviese temor debería marcharse, y como resultado de ello, veintidós mil regresaron a casa.

Estos eran como el esclavo en Mateo 25, que no había invertido su

talento y dijo: “Tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra” (v. 25). No debemos ser como los veintidós mil en Jueces 7 ni como el esclavo inútil en Mateo 25. Antes bien, debemos ser positivos y valientes para invertir lo que el Señor nos ha dado. El Señor nos ha dado mucho. Tenemos un Padre rico que nos ha proporcionado las inescrutables riquezas de Cristo en nuestro espíritu. ¿Cómo podemos permanecer callados? Si alguien nos diese un diamante valioso, estaríamos muy contentos y hablaríamos de ello a los demás. Hoy en día tenemos algo que es mucho más valioso que un diamante: tenemos a Cristo en nuestro espíritu. Por ende, debemos invertir lo que tenemos, debemos ser positivos y valientes para ministrar Cristo a otros.

Daniel 11:32 dice: “El pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará”. Esto es lo que debemos hacer en estos días, especialmente con relación al mover actual del Señor en Europa. Si el Señor nos está hablando y está operando en nosotros, debemos orar: “Señor, quiero ser uno contigo a fin de cooperar y actuar en unidad contigo. Con respecto a lo que estés haciendo en mí, escojo ser uno contigo como Dios en funciones”. *El pueblo* que se menciona en Daniel 11:32 se refiere a Judas Macabeo y a sus seguidores. En el año 168 a. C., Antíoco Epifanes, descendiente de uno de los generales de Alejandro Magno, entró en Jerusalén con sus ejércitos y profanó por completo el templo de Dios. Antíoco Epifanes es un tipo del anticristo venidero, el cual también profanará el templo de Dios (Mt. 24:15). Después de ver tal situación, Judas Macabeo y su pequeño grupo de soldados derrotaron a los ejércitos extranjeros y limpiaron el templo. Uno de los dichos famosos de Judas Macabeo fue: “No está en la muchedumbre del ejército la victoria en la guerra: del cielo viene la fuerza” (*Lecciones de la verdad*, nivel uno, tomo 2, pág. 49). Debemos ser iguales a Judas Macabeo; debemos purificar el testimonio de Dios hoy.

Continuando con la historia de Gedeón, el Señor le dijo a éste que redujera más la cantidad de hombres en el ejército, ya que diez mil hombres seguían siendo demasiados. Por tanto, cuando ellos fueron a beber agua, el Señor le dijo a Gedeón que se quedase con aquellos que lamían llevando el agua con la mano a su boca y que despidiese a los que se inclinaban arrodillados para beber (Jue. 7:5-7). Inclinarse y arrodillarse para beber equivale a preocuparnos sólo por el agua y por nuestra propia sed, de modo que somos vulnerables a la emboscada del enemigo. La mayoría de los hombres de Gedeón se arrodilló para beber, y sólo trescientos lamieron el agua. La nota 1 del versículo 4

en *Holy Bible, Recovery Version* dice: “Los trescientos que lamieron llevando el agua con la mano a su boca, se restringieron al saciar su sed y estaban dispuestos a sacrificarse para ser usados por Dios. Aquellos que se arrodillaron y bebieron sin restricción, se preocuparon por su propia necesidad más que por la necesidad de Dios”. Así que, ser un vencedor significa que sacrificamos nuestros intereses y disfrute personales por causa del propósito de Dios. El hermano Lee dijo que temía una sola cosa: perder la presencia del Señor. Ésta es la única cosa que debemos temer.

Debemos negarnos al yo. Si examinamos el relato de la vida del Señor Jesús en la tierra, la cual debe duplicarse en nosotros, nos daremos cuenta de que el Señor siempre se negaba a Sí mismo. Él dijo: “Yo y el Padre uno somos” (Jn. 10:30) y “No puede el Hijo hacer nada por Sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre” (5:19). Debemos permitirle al Hijo vivir por medio de nosotros al ejercitar nuestro espíritu para negarnos al yo. El Señor también rechazó Su propio propósito, hizo la voluntad del Padre y buscó la gloria del Padre (v. 30; 7:18). Esto significa que Él puso a un lado Su ambición. Esto es negarse al yo. Tenemos que ser aquellos que nos negamos a nuestro yo, que rechazamos nuestro propósito personal y ponemos a un lado nuestra ambición. Debemos orar: “Señor, concédeme gracia para ejercitar mi espíritu y negarme a mí mismo. Escojo ejercitar mi espíritu, rechazar mi propósito personal, tomar Tu propósito y poner a un lado mi ambición”. El hermano Lee dijo que nuestro yo, nuestro propósito personal y nuestra ambición son como tres grandes “gusanos” que pueden destruir nuestra obra (*El vivir del Dios-hombre*, pág. 130). Debemos rechazar todas estas cosas.

**LOS VENCEDORES VEN EL CUERPO, CONOCEN EL CUERPO,
SE PREOCUPAN POR EL CUERPO, HONRAN EL CUERPO
Y REALIZAN LA OBRA DEL CUERPO; ELLOS GUARDAN
CADA UNO DE LOS PRINCIPIOS DEL CUERPO DE CRISTO Y,
POR TANTO, SON LA CONTINUACIÓN Y LA EXTENSIÓN DE CRISTO
EN LA TIERRA, CON MIRAS A LA PLENA EXPRESIÓN DE CRISTO**

Los vencedores ven el Cuerpo, conocen el Cuerpo, se preocupan por el Cuerpo, honran el Cuerpo y realizan la obra del Cuerpo; ellos guardan cada uno de los principios del Cuerpo de Cristo y, por tanto, son la continuación y la extensión de Cristo en la tierra, con miras a la plena expresión de Cristo (Ef. 1:22-23; 3:18-19; 4:1-6).

**Ver el significado cristalizado del Cuerpo de Cristo;
este significado cristalizado es que el Dios Triuno
y Sus escogidos y redimidos son los elementos constitutivos
que conforman una sola entidad, que es el Cuerpo de Cristo**

Debemos ver el significado cristalizado del Cuerpo de Cristo; este significado cristalizado es que el Dios Triuno y Sus escogidos y redimidos son los elementos constitutivos que conforman una sola entidad, que es el Cuerpo de Cristo. En los versículos del 4 al 6 vemos que el Padre es el origen, el Hijo es el elemento y el Espíritu es la esencia del Cuerpo. El Padre, el Hijo y el Espíritu se han unido, mezclado e incorporado a nosotros a fin de llegar a ser una entidad que es “cuatro en uno”: el Cuerpo de Cristo.

*La unidad del Cuerpo es la unidad del Dios Triuno,
y la coordinación del Cuerpo
es la coordinación del Dios Triuno*

La unidad del Cuerpo es la unidad del Dios Triuno, y la coordinación del Cuerpo es la coordinación del Dios Triuno (Jn. 17:21; Ef. 4:3-6; Mt. 12:28; He. 9:14; Sal. 133). Tal unidad no existe fuera del Dios Triuno. En Juan 17:11, el Señor oró al Padre: “Que sean uno, así como Nosotros”. Luego, en el versículo 21, oró lo siguiente: “Para que todos sean uno; como Tú, Padre, estás en Mí, y Yo en Ti, que también ellos estén en Nosotros”. En el universo la única unidad es la unidad del Dios Triuno; ésta es una unidad de coherencia, es decir, de personas que moran mutuamente una en la otra, de modo que el Padre está en el Hijo, el Hijo está en el Padre, el Espíritu está en el Padre y en el Hijo, y el Padre y el Hijo están en el Espíritu. Los tres moran mutuamente uno en el otro. El Señor oró para que “ellos”, los creyentes, “estén en Nosotros”, el Dios Triuno. La Trinidad Divina es el “Nosotros” divino, y los creyentes están en este “Nosotros”, como un magnífico Dios-hombre corporativo. Nosotros disfrutamos la unidad del Dios Triuno; ello quiere decir que debemos permanecer en Él día tras día y permitirle que Él permanezca en nosotros.

La coordinación del Cuerpo es la coordinación del Dios Triuno. En Mateo 12:22-28 el Señor, quien había terminado de sanar a un hombre endemoniado, estaba entre unos fariseos. Los fariseos eran muy religiosos y no amaban a Dios. Además, practicaban una religión llena de ritos externos, que es hipocresía. Tenemos que orar: “Señor, sálvanos

de la hipocresía”. Debemos vivir en la unión orgánica no sólo cuando asistimos a las reuniones, sino también en nuestra vida diaria. Tenemos que orar: “Señor, que esta unión orgánica sea una realidad en mi vida diaria y en mi vida de iglesia por el resto de mi vida”. Todo lo que hicieron los fariseos, lo hicieron para sí mismos, por sí mismos y en sí mismos. A diferencia de los fariseos, nuestra coordinación es la coordinación del Dios Triuno. El Señor, quien es el centro de la Trinidad divina, dijo: “Si Yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, entonces ha llegado a vosotros el reino de Dios” (v. 28). Esto significa que todo cuanto Él hizo, lo hizo por Otro y para Otro. Sin duda alguna, el Señor pudo haber echado fuera ese demonio por Sí mismo y pudo haberle dicho al Espíritu: “No te necesito; soy el Hijo”. Al contrario, lo que vemos es una coordinación efectuada en la Deidad. El Hijo echó fuera al demonio por el Espíritu para el reino de Dios el Padre. Hebreos 9:14 nos muestra que Cristo el Hijo se ofreció a Sí mismo al Padre mediante el Espíritu eterno. Si estamos en nuestro espíritu mezclado, estamos en el Dios Triuno. Nosotros estamos en Él, Él está en nosotros, y así estamos en la coordinación divina. Cuando estamos en la coordinación divina, hacemos todo por el Espíritu para beneficio del Padre. En la coordinación divina todo es realizado por Otro y para Otro. Ésta es la clase de coordinación que debe ser reproducida en nosotros.

Vemos también esta unidad y coordinación en Salmos 133: “¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es / Habitar los hermanos juntos en unidad! / Es como el buen óleo sobre la cabeza, / El cual descendió sobre la barba, / La barba de Aarón, / Y bajó hasta el borde de sus vestiduras; / Como el rocío de Hermón, / Que descendió sobre los montes de Sion; / Porque allí mandó Jehová bendición: / La vida eterna”. Cuando estamos en unidad, dicha unidad es como la unción que se extiende por todo nuestro ser. Disfrutamos también del rocío de Hermón que desciende sobre nosotros y de la bendición de vida en todo. Esto corresponde a la revelación del Dios Triuno presentada en Efesios 4:4-6. La unción que se extiende es el único Espíritu; el rocío que desciende es el único Señor como la gracia de Cristo junto con Su misericordia que desciende a nuestro ser al saturarnos y empaparnos consigo mismo; y la bendición de vida es la bendición del Padre, quien es la fuente de vida. Ésta es la unidad y la coordinación del Dios Triuno.

*Esta unidad y esta coordinación se hallan en el Espíritu,
quien es la realidad del Dios Triuno y del Cuerpo;
ya que este Espíritu está en nuestro espíritu,
todo lo que nosotros somos, tenemos y hacemos debe proceder
del Espíritu que está en nuestro espíritu, por el bien del Cuerpo*

Esta unidad y esta coordinación se hallan en el Espíritu, quien es la realidad del Dios Triuno y del Cuerpo; ya que este Espíritu está en nuestro espíritu, todo lo que nosotros somos, tenemos y hacemos debe proceder del Espíritu que está en nuestro espíritu, por el bien del Cuerpo (Jn. 16:13-15; Fil. 3:3; Ro. 1:9; Ef. 4:1-4a). Deberíamos orar esta simple oración: “Señor, todo lo que soy, todo lo que tengo y todo lo que puedo hacer, en oración te pido que ello proceda del Espíritu que está en mi espíritu por el bien del Cuerpo”. Todo cuanto somos, tenemos y hacemos debe proceder del Espíritu que está en nuestro espíritu por el bien del Cuerpo.

Recibir y disfrutar el suministro del Cuerpo

Debemos recibir y disfrutar el suministro del Cuerpo (Fil. 1:19; Col. 2:19). Este suministro no es un suministro personal, sino el suministro del Cuerpo. Todo nuestro cuerpo físico recibe el suministro que proviene de la circulación de sangre, y esta circulación de sangre en nosotros es el suministro para todos los miembros de nuestro cuerpo. Por tanto, tenemos que permanecer en el Cuerpo a fin de disfrutar del suministro del Cuerpo.

Si hemos de disfrutar el suministro del Cuerpo, tenemos que aspirarnos de Cristo como nuestra Cabeza. Aspirarnos de Cristo como nuestra Cabeza equivale a darle a Cristo el primer lugar, la preeminencia, en todas las cosas. Tenemos que darle el primer lugar en todo nuestro ser y en todas las áreas de nuestra vida personal. Al comienzo de nuestro día, debíamos decirle: “Señor Jesús te amo. Deseo tener un cielo despejado. No quiero que haya ninguna barrera entre Tú y yo; si la hay, ilumíname Señor, pues quiero confesarlo. Quiero que en mi ser haya un cielo despejado y que Tu trono esté por encima. Quiero que Tú tengas la preeminencia en mi ser”. Aspirarnos de Cristo como nuestra Cabeza equivale también a estar íntimamente conectados con el Señor. Debemos tener una relación íntima con el Señor, una relación romántica con Él y estar enamorados de Él. Cuando estamos enamorados,

sólo pensamos en la persona de la cual estamos enamorados. Tenemos que estar locamente enamorados de Jesús.

El libro de Filipenses trata de la experiencia y disfrute que tenemos de Cristo en el Cuerpo, por el Cuerpo y para el beneficio del Cuerpo. Dicho Cuerpo se encuentra en todo el libro de Filipenses. En 1:7 Pablo dice: “En la defensa y confirmación del evangelio, todos vosotros sois participantes conmigo de la gracia”. Los filipenses disfrutaban de la misma gracia que Pablo disfrutaba porque ellos tenían comunión con él en el progreso del evangelio (v. 5). Tanto la vida cristiana como la vida de iglesia es una vida en la que predicamos el evangelio, la cual es una vida en la que disfrutamos al Señor. Los filipenses tenían comunión con Pablo en el progreso del evangelio, pues proveían el suministro material a Pablo a fin de que él pudiera servir al Señor con todo su tiempo. Por esta razón se nos dice que es un regocijo ser un dador alegre (2 Co. 9:7 y nota 3). Lo que damos es una ofrenda inestimable para el Señor. Lo que ofrendamos puede suministrar a un obrero de tiempo completo, quien predicará el evangelio a fin de salvar a las personas. De este modo, nosotros llegamos a ser colaboradores suyos en el evangelio, y los que son salvos también serán frutos nuestros.

En Filipenses 1:8 Pablo dice: “Os añoro a todos vosotros con el entrañable amor de Cristo Jesús”. Esto significa que Pablo tomó el sentir de la Cabeza como su propio sentir. Luego, en el versículo 19 él dice: “Porque sé que por vuestra petición y la abundante ministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi salvación”. Éste es el suministro del Cuerpo. Pablo se dio cuenta de que su encarcelamiento no lo aisló del suministro del Cuerpo. Tenemos que permanecer firmes en el Cuerpo por fe. Cuando atravesamos circunstancias adversas, tenemos que darnos cuenta de que los santos están orando por nosotros. El hecho de que Pablo estuviera encarcelado no lo aisló del suministro del Cuerpo. Pablo sabía que los santos seguían suministrándole, apoyándole y permanecían firmes siendo uno con él. Pablo habló de Timoteo, quien era del mismo ánimo (2:20). Pablo también dijo que Timoteo era una persona que no buscaba lo suyo propio, sino que buscaba lo que era de Cristo Jesús (v. 21), es decir, aquello que tenía que ver con la iglesia y con los santos. Por tanto, el disfrute que tenemos de Cristo, tal como se presenta en Filipenses, redundará en beneficio del Cuerpo.

Puesto que la Cabeza es Cristo, y el Cuerpo también es Cristo, rechazar la ayuda que nos brindan los demás miembros es rechazar la ayuda de Cristo; por consiguiente, debemos permitir que los miembros del Cuerpo ministren supliendo nuestras necesidades

Puesto que la Cabeza es Cristo, y el Cuerpo también es Cristo, rechazar la ayuda que nos brindan los demás miembros es rechazar la ayuda de Cristo; por consiguiente, debemos permitir que los miembros del Cuerpo ministren supliendo nuestras necesidades (1 Co. 12:12-22). A veces esto es lo más difícil, porque somos soberbios. Queremos afirmar: “Lo hice a mi manera”; no queremos que otros sepan que necesitamos la ayuda de los demás. Sin embargo, debemos permitir que los miembros ministren supliendo nuestras necesidades.

La oración del Cuerpo imparte el suministro de vida, el suministro del Cuerpo, a los miembros necesitados para que ellos vivan a Cristo a fin de que Él sea magnificado

La oración del Cuerpo imparte el suministro de vida, el suministro del Cuerpo, a los miembros necesitados para que ellos vivan a Cristo a fin de que Él sea magnificado (Fil. 1:19-20; Hch. 12:5, 12; Ef. 6:18-20; 1 Ts. 5:25). La oración de los filipenses era un canal de la abundante ministración del Espíritu de Jesucristo que abastecía a Pablo (Fil. 1:19). Éste suministro en el Cuerpo hizo que Pablo viviera y magnificara a Cristo (vs. 20-21a). Pablo estaba en prisión como miembro del Cuerpo, así que disfrutaba del suministro del Cuerpo en el Cuerpo, por medio del Cuerpo y por el bien del Cuerpo. Además, en Hechos 12:12 toda la iglesia oró fervientemente por Pedro a fin de que fuera librado de la cárcel, y finalmente, Pedro fue puesto en libertad.

La comunión del Cuerpo imparte el suministro de vida, el suministro del Cuerpo, a los miembros necesitados para que ellos disfruten a Cristo como la luz de la vida a fin de que Él sea glorificado

La comunión del Cuerpo imparte el suministro de vida, el suministro del Cuerpo, a los miembros necesitados para que ellos disfruten a Cristo como la luz de la vida a fin de que Él sea glorificado (1 Jn. 1:3-5; Jn. 1:4-5; Fil. 2:15; Is. 60:1, 3, 5). Necesitamos la comunión del Cuerpo. En Éxodo 30 la unción fue aplicada al tabernáculo, al mobiliario del

mismo y al sacerdocio, es decir, a los sacerdotes. Esto significa que si deseamos disfrutar el abundante suministro del Espíritu, es imprescindible que estemos en el Cuerpo, el cual está representado por el tabernáculo. Disfrutamos de este unguento compuesto en las reuniones. El unguento compuesto se halla en el Cuerpo, y disfrutamos de dicho unguento al servir en el Cuerpo. No debemos aislarnos de la comunión, ni de las reuniones ni del servicio. Al servir en el Cuerpo, disfrutamos de la comunión del Cuerpo.

Experimentar la protección, la limitación y el ministerio del Cuerpo

El Cuerpo de Cristo se viste de toda la armadura de Dios, la cual es la totalidad de todas las especialidades de los miembros; la guerra espiritual es aquella que pelean de forma integrada todos los miembros, y no una que pelean individuos aislados; por tanto, todos debemos ampararnos en el Cuerpo, experimentando su protección, y aceptar la salvaguardia que éste nos brinda

Debemos experimentar la protección, la limitación y el ministerio del Cuerpo. El Cuerpo de Cristo se viste de toda la armadura de Dios, la cual es la totalidad de todas las especialidades de los miembros; la guerra espiritual es aquella que pelean de forma integrada todos los miembros, y no una que pelean individuos aislados; por tanto, todos debemos ampararnos en el Cuerpo, experimentando su protección, y aceptar la salvaguardia que éste nos brinda (Ef. 6:10-20; Mt. 16:18; Éx. 17:11-13; Hch. 9:25; 2 Co. 11:33; Dt. 32:30a). En Éxodo 16, el pueblo de Dios comió el maná, y en el capítulo 17, ellos bebieron del agua viva que salía de la roca hendida (vs. 1-7). Esto muestra que tenemos que comer a Cristo y beber del Espíritu. En los versículos del 8 al 16 vemos que los israelitas libraron una batalla contra Amalec, que representa la carne, esto es, el hombre natural en su totalidad. En el versículo 9 Moisés le dijo a Josué: “Escógenos varones, y sal a pelear contra Amalec; mañana yo estaré sobre la cumbre del collado, y la vara de Dios en mi mano”. Moisés subió al monte y llevó consigo a Aarón y a Hur. Moisés aquí representa al Cristo que intercede; Aarón representa el sacerdocio; Hur representa el reinado, debido a que él es de la tribu de Judá; y Josué representa el Espíritu, en nuestro espíritu, que pelea. Por una parte, Cristo está a la diestra de Dios (Ro. 8:34); por otra, al estar nosotros en el Cuerpo, Cristo está en nuestro espíritu luchando contra el

enemigo, contra la carne, contra el hombre natural y contra nuestro yo. Cristo también está librando una batalla espiritual contra toda confusión que procede de aquellos que están en su hombre natural.

Desde otra perspectiva, Éxodo 17 representa nuestra vida de oración. “Y sucedía que cuando alzaba Moisés su mano, Israel prevalecía; mas cuando él bajaba su mano, prevalecía Amalec” (v. 11). Después de orar por un tiempo, es posible que nos cansemos. Aunque sabemos que debemos llevar una vida de intercesión, nos damos cuenta de que no podemos sostener tal vida de oración ni tampoco llevar incesantemente tal vida de intercesión. Por tanto, en el versículo 12 leemos que a Moisés se le dio una piedra para sentarse, y a la vez, Aarón y Hur sostuvieron sus manos, el uno de un lado y el otro de otro. Esto significa que Cristo llega a ser Aquel que nos sostiene junto con los santos a ambos lados a fin de fortalecernos. Necesitamos del Cuerpo, de un grupo vital, que nos ayude a mantener una vida de oración intercesora.

*Como miembros del Cuerpo,
debemos ver cuál es nuestra posición en el Cuerpo
y permitir que los demás miembros nos limiten;
debemos ser liberados de nuestra vida individualista
y ejercer nuestra función en el Cuerpo
según la voluntad de Dios y conforme a la medida
que Él nos ha repartido*

Como miembros del Cuerpo, debemos ver cuál es nuestra posición en el Cuerpo y permitir que los demás miembros nos limiten; debemos ser liberados de nuestra vida individualista y ejercer nuestra función en el Cuerpo según la voluntad de Dios y conforme a la medida que Él nos ha repartido (1 Co. 12:14-22; Ef. 4:7, 16; 2 Co. 10:13-15). Cada uno de nosotros tiene cierta medida que Dios nos ha repartido, y no debíamos sobrepasar dicha medida. Si ejercemos nuestra función conforme a la medida que Dios nos ha repartido, nos sentiremos felices y liberados. Sin embargo, si sobrepasamos nuestra medida asignada, comenzaremos a esforzarnos y a sentirnos agobiados. Por consiguiente, es imprescindible que le digamos al Señor: “Señor, quiero ejercer mi función hasta el límite de la medida que se me ha repartido, pero sin sobrepasar dicha medida. Quiero ejercer mi función conforme a esta medida”.

*Como miembros del Cuerpo,
debemos tener comunión y ejercer nuestra función
en el Cuerpo a fin de ser canales de vida para suministrar
a los demás miembros; esta clase de suministro es el ministerio,
la función, cumplido por los miembros
a fin de que la vida del Cuerpo pueda fluir sin estorbo alguno*

Como miembros del Cuerpo, debemos tener comunión y ejercer nuestra función en el Cuerpo a fin de ser canales de vida para suministrar a los demás miembros; esta clase de suministro es el ministerio, la función, cumplido por los miembros a fin de que la vida del Cuerpo pueda fluir sin estorbo alguno (1 Jn. 1:3; Ro. 12:5; 1 Co. 14:4b, 31).

**Debemos honrar a Cristo reconociéndolo
como la Cabeza del Cuerpo, la autoridad del Cuerpo;
la autoridad de la Cabeza es la unidad del Cuerpo**

Debemos honrar a Cristo reconociéndolo como la Cabeza del Cuerpo, la autoridad del Cuerpo; la autoridad de la Cabeza es la unidad del Cuerpo (Col. 1:18; 2:19; Ef. 4:15-16). El Señor nos ha dado Su vida, la cual siempre se somete al Padre; cuando somos llenos de Cristo, el Espíritu de vida, somos llenos de Aquel que es nuestra sumisión (Jn. 5:19, 30; 7:18; Fil. 2:5-8; Ro. 8:2; cfr. Éx. 21:1-6). El Espíritu es la “fibra nerviosa” del Cuerpo de Cristo, y como tal, comunica a todos los miembros los pensamientos de la Cabeza; cuando cedemos a la autoridad del Espíritu, cedemos a la Cabeza (Ro. 8:27, 6; 1 Co. 2:16; Ef. 4:30). Puesto que el Cristo que disfrutamos como nuestro todo es la Cabeza del Cuerpo, cuanto más lo disfrutamos a Él, más conciencia tomamos del Cuerpo y más amamos a los demás miembros del Cuerpo (Col. 1:4, 8; 2:19). Puesto que somos miembros del Cuerpo de Cristo, debemos ser sensibles al Cuerpo y hacer nuestro el sentir de la Cabeza (Fil. 1:8; 1 Co. 12:25b-26). Únicamente el Señor es nuestra Cabeza, y únicamente Él tiene autoridad para dirigir los movimientos de los miembros de Su Cuerpo (Hch. 2:36; 9:5; Col. 1:17-18). Puesto que Cristo es nuestra Cabeza, no nos exaltamos a nosotros mismos ni buscamos agradarnos a nosotros mismos ni a nadie; lo único que buscamos es serle agradables (2 Co. 4:5; 5:9). Nos asimos de Cristo como nuestra Cabeza al darle la preeminencia en todas las cosas y al permanecer estrechamente unidos a Él consultándole todas las cosas; asimismo nos asimos de Él al crecer en todo en Aquel que es la Cabeza

con miras al crecimiento del Cuerpo y al ejercer las diversas funciones en virtud de lo que procede de la Cabeza con miras a que el Cuerpo sea abastecido (Col. 2:19; Ef. 4:15-16). Cuando nos asimos de Cristo, la Cabeza, nos es imposible tener diferentes interpretaciones de las Escrituras, ya que el Cuerpo tiene una sola boca con la cual habla lo mismo que la Cabeza; la enseñanza única, la que nos ha dado la Cabeza, es la enseñanza de la economía de Dios divulgada por el único ministerio con miras a la edificación del Cuerpo (Ro. 15:6; 1 Co. 1:10; 1 Ti. 1:3-4; Ef. 4:12). La relación que los miembros del Cuerpo tienen entre sí, pasa primero por la Cabeza; por lo tanto, cuando nos asimos de la Cabeza, nos es imposible tener una relación natural o una comunión especial con cualquier individuo o grupo; cuando nos asimos de la Cabeza, somos compenetrados, y nuestra relación con el Cuerpo procede de la Cabeza y se halla en la unidad divina (1 Co. 12:24-25; Fil. 2:2).

La autoridad de la Cabeza es la unidad del Cuerpo. En Apocalipsis 22:1 vemos un río de agua de vida que procede del trono de Dios y del Cordero. Aquel que está en el trono es el Dios-Cordero, la Cabeza del Cuerpo. Tenemos que honrarle reconociéndolo como la Cabeza. Cuando nos sometemos al trono, a la autoridad de Cristo como Cabeza, entonces el Espíritu fluye del trono como un río. Cuando bebemos del Espíritu, el cual es la unidad del Cuerpo, el Espíritu trae consigo la autoridad del trono de Dios. Por tanto, someternos a la autoridad de Cristo como Cabeza es estar en la unidad del Cuerpo.

Tenemos que ver que la función que ejerce un solo miembro es la función que ejerce todo el Cuerpo. Cuando mi ojo ve algo, todo mi cuerpo también lo ve. Cuando mis oídos oyen algo, todo mi cuerpo también lo oye. Cuando mis manos hacen algo, mi cuerpo también lo hace. Por consiguiente, si yo rechazo la función de un miembro, también rechazo la autoridad de la Cabeza. Ananías era un pequeño hermano, pero si Saulo de Tarso hubiera rechazado la función de este miembro, él habría rechazado la autoridad de la Cabeza. Rechazar la función de cualquier miembro del Cuerpo equivale a rechazar la autoridad de la Cabeza. Asimismo, cuando recibimos la función que ejercen los otros miembros, recibimos las riquezas del Cuerpo. Quizás no somos el ojo, pero cuando los miembros que ejercen la función del ojo ven algo, y nosotros recibimos lo que ellos ven, recibiremos entonces sus riquezas. Las riquezas de ellos llegan a ser nuestras riquezas. Al recibir la función que ejercen los demás miembros, recibimos la autoridad y las riquezas de la Cabeza.

Nuestra pobreza se debe a que no recibimos la función que ejercen los demás miembros. Debemos recibir la función de los otros miembros independientemente de su función. Al respecto, el hermano Lee era un modelo para nosotros. Él recibía la función de todos los miembros. En las reuniones de la iglesia él recibía algo de cada uno de los hermanos y hermanas. Lo contrario a esto fue el problema que surgió con la rebelión de Coré, quien se rebeló debido a que no estaba satisfecho con la función que le fue asignada. Finalmente, Moisés le dijo a Coré, a Datán y a Abiram lo siguiente: “¿Os es poco que el Dios de Israel os haya apartado de la congregación de Israel, acercándoos a Él para hacer el servicio del tabernáculo de Jehová, y estéis delante de la asamblea para ministrarles, y que te hizo acercar a ti, y a todos tus hermanos los hijos de Leví contigo? ¿Procuráis también el sacerdocio?” (Nm. 16:9-10). En otras palabras, Dios les dio una función maravillosa, pero ellos no estaban satisfechos con dicha función. Ellos querían la función que desempeñaban Moisés y Aarón, pero esta función no era de ellos. Dios ha colocado a cada uno de los miembros en el Cuerpo conforme a Su voluntad (1 Co. 12:18). Debido a que Coré, Datán y Abiram no eran vivientes orgánicamente y debido a la insatisfacción que ellos sentían con respecto a sus funciones, se convirtieron — conforme a su propio concepto — en una organización y en una jerarquía. Como resultado, se rebelaron, y la tierra abrió su boca y los tragó (Nm. 16:32).

Algunos de los opositores nos han dicho: “A nosotros sólo nos gusta las cosas que provienen únicamente de la Palabra pura”. A nosotros también nos gusta la Palabra pura. Sin embargo, lo que ellos quieren decir es que no desean recibir nada que provenga de las notas que aparecen en la Versión Recobro, ni tampoco nada que provenga de los estudios-vida ni de las publicaciones del ministerio. Ellos quieren recibirlo todo directamente de la Cabeza. Lo que nuestra nariz huele o lo que nuestros ojos ven, no proviene directamente de la Cabeza; más bien, nuestra nariz y nuestros ojos dependen de los otros miembros del Cuerpo. Lo que ellos reciben viene de la Cabeza, pero lo reciben por medio de los miembros.

La acción que realiza mi mano para tomar mi brazo debe pasar primero por la cabeza. La “fibra nerviosa”, que es el Espíritu, le dice a la mano: “Toca tu brazo”, y al brazo le dice: “Tú necesitas de la mano”. Por tanto, todo ha de pasar primero por la cabeza. Cuando nos asimos de Cristo como nuestra Cabeza, no nos es posible tener una relación

natural o una comunión especial con cualquier individuo o grupo. Nuestra mano no puede decir: “Sólo quiero estar con mi otra mano” debido a que todo tiene que pasar primero por la cabeza. Cuando nos asimamos de Cristo como nuestra Cabeza, somos compenetrados, y nuestra relación con el Cuerpo procede de la Cabeza y se halla en la unidad divina.

**TODO CUANTO TENEMOS SE HALLA EN EL CUERPO,
LO OBTENEMOS POR MEDIO DEL CUERPO
Y REDUNDA EN BENEFICIO DEL CUERPO**

Todo cuanto tenemos se halla en el Cuerpo, lo obtenemos por medio del Cuerpo y redundará en beneficio del Cuerpo; que el Señor tenga misericordia de nosotros y nos conceda Su gracia para que tomemos la resolución de ser los vencedores que guardan cada uno de los principios del Cuerpo a fin de que sea edificado el Cuerpo, lo cual redundará en la consumación de la Nueva Jerusalén (Jue. 5:15-16; Ap. 21:2).—E. M.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL CUERPO DE CRISTO

Vivir a Cristo para la edificación del Cuerpo de Cristo (Mensaje 11)

Lectura bíblica: Fil. 1:19-21a; 3:8-14; Ef. 3:1; 4:1, 11-12, 16; 6:18, 20; Ro. 8:2, 29

- I. La iglesia como Cuerpo de Cristo es un producto puro que procede de Cristo; únicamente lo que procede de Cristo con Su vida de resurrección puede ser Su complemento y pareja, el Cuerpo de Cristo—Gn. 2:22-23; Ef. 5:28-30:
 - A. La Cabeza del Cuerpo es Cristo, y el Cuerpo de la Cabeza es Cristo, así que el Cuerpo de Cristo con Cristo como Cabeza es “el Cristo”, el Cristo corporativo—Col. 1:18; 1 Co. 12:12; Col. 3:10-11.
 - B. Todo lo que no sea Cristo mismo no es el Cuerpo de Cristo, y todo cuanto no sea Cristo mismo es un elemento foráneo en el Cuerpo de Cristo; por tanto, debemos tener el mismo sentido de urgencia que tenía Pablo con respecto a vivir a Cristo para la edificación del Cuerpo—Fil. 1:19-21a; 3:8-14.
 - C. Todo lo que no sea el puro elemento de Cristo queda descartado por esta visión; esta visión nos “paraliza”, impidiendo que nos valgamos de nuestro hombre natural—v. 3.
- II. Vivir a Cristo para la edificación del Cuerpo de Cristo equivale a estar encarcelados en nuestro espíritu como un “prisionero de Cristo Jesús”, un “prisionero en el Señor” y un “embajador en cadenas”—Ef. 3:1; 4:1; 6:20; 2 Co. 5:20; cfr. vs. 4, 9, 14, 16:
 - A. Cuando estamos encarcelados en Cristo, recibimos una revelación de Él a fin de experimentarlo en Sus dimensiones ilimitadas como el Cristo que ama a la iglesia, como el Cristo que creó al nuevo hombre, como el Cristo que reúne todo bajo Su autoridad como Cabeza, como el Cristo que produce dones y que da dones a Su Cuerpo, y como el Cristo que hace Su hogar en nuestros corazones con miras a la edificación del